

VISION Y VERSION DE LA HISTORIA

P o r J U A N B E N E Y T O

EL problema de la Historia es el problema de la autenticidad. Para comprenderla hay que ir a ella. La observación del conde de Yorck a Dilthey gira exactamente sobre esta cuestión: la escuela histórica, más que historia, hacía construcciones estéticas apropiadas para los anticuarios; y así, las suyas, si bien distintas, eran siempre paralelas a las versiones mecanicistas que marcó el naturalismo positivista con Augusto Comte.

De ahí el valor de Dilthey, que proyecta ordenar el mundo histórico en antropología, ontología y gnoseología, lanzando una crítica de la razón histórica frente a la crítica de la razón pura del filósofo de Koenigsberg. A Dilthey siguen en esta línea superadora Windelband, Simmel y Troeltsch. Fué este último quien, definiendo la posición del hombre ante la Historia con relación a la angustia, buscó las incitaciones decisivas en la contemplación de lo acontecido y de sus per-

files rectores. Todo nuestro pensamiento queda así integrado en su inmixción temporal. De ahí procede también parte de la consideración existencialista: Heidegger reconoce la versión diltheyana, y surge el hombre como ser cargado de historia y menesteroso de doctrina—justamente de esa doctrina que ha de absorber los elementos históricos sobre los cuales encuentra asiento.

Pero sería injusto olvidar en esta feliz consideración de los esfuerzos historicistas la significación de Hegel, autor de tantas hazañas, que nos legó la idea de desarrollo partiendo de la realidad de las variaciones del mundo del espíritu al través del tiempo. Hegel pensaba en la marcha del hombre hacia la perfectibilidad, precisamente apoyándose en la significación del espíritu, cuya variación no sólo tiene lugar en la superficie, sino en el concepto, frente a lo que sucede con la naturaleza, donde la conservación de la especie no es sino la uniforme repetición de la misma manera de experiencia. Así, el espíritu se une al tiempo en su despliegue existencial, mientras la naturaleza está ligada al espacio. Tampoco ha de dejarse en un rincón a Maine de Biran, con la aplicación al terreno del espíritu de las tesis de perpetua transformación típicas de la física.

Claro es que el valor de Dilthey no está solamente en la doctrina, sino en el ser, por cuanto hace de la Historia uno de sus modos de existencia, aplicándolo al terreno mismo de la conciencia. No es sólo vivir en la Historia, sino tener conciencia de que se vive en ella. Así vertió el concepto de la temporalidad en su visión de las realidades presentes ante nuestros ojos (del cuerpo y del alma). Cuando hablamos de París, de Venecia, de Bolonia o de Salamanca, no pensamos

solamente en lo que hoy son estas ciudades, sino en toda la carga histórica que las anima.

Bien que si el historicismo diltheyano nos permite fijar fechas, no nos deja ver de manera definitiva cosa alguna. Así, la visión histórica que nos mete en ella contrasta con todo clasicismo pensado como intemporalidad, y aun con las estructuras que raíz perenne. La significación de esta actitud es evidente en consecuencias cuando del hombre se trata: el hombre cambia también. Ya lo había notado Maine de Biran: *Je ne suis pas encore achevé, je ne le serai jamais...* El hombre no sólo tiene historia, sino que está en ella, apareciendo realmente afectado por la historicidad y dando esa idea de vida, subrayada por Ortega, como propia sustancia del hombre.

El hombre se hace historia al historizarse; se ve tan sólo en su tiempo y mezclado con su tiempo. No se comprenden San Agustín, ni Séneca, ni Juliano el Apóstata, sino en su mundo temporal... Pero acaso con el historicismo diltheyano se llegó demasiado adelante. Porque si el hombre no es claridad pura ni pura intemporalidad, hay algo intemporal y clásico en él: lo eternamente humano, ínsito en la naturaleza. De ahí que no quepa prescindir del hombre tan lindamente. En el hombre está lo del tiempo y lo de todos los tiempos. Así, en el caso de Maquiavelo, su significación histórica os da las dos vertientes: lo del tiempo, facilitando el estudio de las Señorías italianas que conoció, y lo de todos los tiempos, ofreciendo la politicidad de la acción del hombre. Por eso, cuando Menéndez Pidal precede la *Historia de España* por él dirigida de una introducción, hace centro de ella al hombre español, estudiándole en sus constantes.

Otra cuestión es la del idealismo y del realismo en el ava-

tar del Estado en la Historia. Recordemos como punto de partida la significación cartesiana.

Para Descartes, sobre la distinción de sustancia y modo, surgen las ideas innatas frente a las adventicias, y por la experiencia llegamos al idealismo, que consigue en Berkeley el extremo parabólico. Kant apoya la visión idealista en el tema de la cosa en sí. Frente a las cosas surgen las aspiraciones distintas y aun contrastantes con ellas. En el terreno de las doctrinas políticas, el humanismo y sus derivaciones y, en fin, cuanto implica la superioridad del hombre sobre los acontecimientos. Pero acaso justamente en esta zona de la política sea más activa la reacción. La visión de la actividad política como un arte, estimando tarea propia la próxima al artista, que de la contemplación del hecho nutre su creación estética. Vense así acciones y conciencias, programas máximos y posibilidades: Savonarola y Guicciardini, o Maquiavelo y Moro.

Guicciardini y Maquiavelo representan, efectivamente, el realismo político. Benoist definió el maquiavelismo como realismo florentino, y en ese sentido es más un método que una doctrina, aunque como tal haya podido ser contrapuesto al moralismo de Moro o a la actitud espiritualista de Savonarola. Frente al fin práctico del dominio, el fin ideal de la justicia. Pero esta contraposición, exagerada por Gebhardt Ritter, no deja de tener sus ribetes de arbitraria, porque ni Maquiavelo es sólo un cínico, ni Moro es únicamente un ideólogo: basta que recordemos las preocupaciones del Canciller por temas tan prácticos como los de abastecimientos, según la indicación hecha por Fox Morcillo.

El extremo de la postura realista sería la del materialismo, a partir de Feuerbach, que ve como esencia de la vida



el elemento gastronómico y como centro del espíritu la idea del terror por la ultratumba. Marx llega a más: para él la esencia de las cosas se confunde con las condiciones de la biología y de la economía. Si por un lado valora la aportación de la actividad humana a la vida política y social, por otro interpreta la situación mediata como contradicción entre los modos, antiguo y moderno, de producción. Fué Croce quien se pronunció contra la denominación de materialismo a la teoría marxista: cree que se trata, sencillamente, de una concepción realista, enfrentada al teologismo y a la metafísica.

Pero es evidente que por el materialismo o realismo extremo de Marx, si se aclaran muchas cosas, según la sugestión de Sorel, no se explica ninguna. En el fondo, la Historia queda capitidisminuída, reducida a lo que tiene menos sentido histórico. La misma versión de Labriola adolece de igual incorrección: no pueden reducirse al económico todos los factores que actúan en la Historia. Otra cosa sería subrayar el papel principal que en ciertas épocas ha tenido el factor económico; como en otra, en efecto, lo adquirió la religión, el arte o la ciencia.

Bien que tampoco debe desvalorarse la significación del materialismo para ver y para interpretar el mundo histórico. Levantado de cara a la sociología naturalista y positiva, abrió el paso hacia una nueva concepción de las disciplinas que se ocupan de la economía y de la sociedad. Cuando el materialismo histórico se libera de aquellas estructuras metafísicas y literarias, que acaso fueron su propia raíz, pero que han sido desbordadas más tarde por el crecimiento doctrinal marxista, se puede considerar su aportación como un intento de resolver la versión filosófica del pasado, y aun del

devenir, mediante la valoración de datos y experiencias olvidados. Hay así allí sugerencias más que anticipaciones, normas de óptica mejor que proyecciones en la pantalla.

Aquí también, como siempre, la verdad es hija de la experiencia temporal: *veritas filia temporis*, como dijo el humanismo. Y para captarla hay que investigar, aceptando todos los datos, todos los elementos, todas las concepciones y ejercitando los conocimientos tradicionales y los ímpetus perennes del hombre.

